

TRISTEZA DE LAS GENERACIONES SIN MAESTRO

Claudio Martyniuk¹

Para todos pan, para todos rosas
Escribió Paul Eluard (sobre "La teoría de las ficciones" de E. Marí)

Mentitas. Bajo el aire de las ausencias, en el olvido del olvido transcurre la tristeza de las generaciones sin maestro. Y sin maestros, ¿cómo evitar que Wittgenstein o Foucault no sean cada vez más pobres, cómo evitarlo en las aulas de Sociología, cómo evitarlo año tras año, sin libros, apenas con fotocopias cada vez más desteñidas, en espacios insuficientes, cómo evitarlo en una sociedad en la que millones de personas carecen de sustento? Sin maestros, sin el sustento simbólico, la miseria que es el presente se proyecta hacia delante. Bajo el aire de las ausencias crece, entonces, la responsabilidad.

La sintaxis de Marí está llena de rupturas y estiramientos provocados por entusiasmos y bocanadas de aire fresco, por el deshacerse de prejuicios y estancamientos con un gesto siempre juvenil. No hay espíritu burocrático, no hay rendición institucional. Reivindicaba a Wittgenstein, mientras se enfrentaba a los académicos que aprisionaban a la filosofía, que enjaulaban al pensamiento, que con alambre de púa delimitaban las áreas del saber y consagraban la apropiación del territorio y parecían empeñados en destinar todos los recursos a la esterilidad. Recordaba la acusación de Zola, mientras la pasividad y la indiferencia eran modos de hacerse presente la miseria. Pensador público, las clases de Marí no eran un capítulo diferente a sus investigaciones, a sus inquietudes. En el escritorio, en las aulas, también en el café: siempre una similar agitación intelectual, siempre el mismo rechazo a las imposturas. Escribía suponiendo libertad. Leía y pensaba ejerciendo libertad. Toda su filosofía es una impugnación de los límites.

Tristeza por la falta de un maestro, sí. Pero hay vida en sus intervenciones, en sus textos teóricos refinados, orientados por el placer de escribir dialogando con ficciones, en la deriva de ideas, en la fuga temática, en el mar de olas sutiles que se mueven apenas un lector abre uno de sus libros.

El libro de la sociedad argentina habría que leerlo con los caracteres simbólicos de lo atroz y de lo desesperante, escribió Marí. Desespera el presente, atroz.

¹Texto preparado especialmente para el acto de presentación de *Teoría de las Ficciones*, libro póstumo de Enrique Marí en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 14 de noviembre de 2002.

Y cuando la esperanza se reduce a la venta de *mentitas*, un libro, la lectura, el trabajo y la acción del pensamiento nos pueden dar otro sabor, nos pueden acercar un horizonte perdido

Persa. La materialidad de las ficciones, un mundo en trance de formarse, un pestilente aliento. Ficción, disparidad, no mera duplicación, diferencia que amplía las experiencias emocionales, que puede –aunque no siempre lo logre, aunque no siempre lo persiga- rechazar la empatía que apresa y confunde. La materialidad que se esconde, la fricción lubricada por *fuerzas ficticias*, que deja huellas invisibles, que tal vez abra otro sendero para que prosigan por un camino diversificado los replicadores, removiendo –o trasladando- una realidad de descontento.

Harald Weinrich recuerda, en el prólogo del libro de Enrique Marí “La teoría de las ficciones” (Eudeba, Buenos Aires, 2002), que en el azar cifra Lucrecio el desvío de las rigurosas trayectorias de los átomos, un accidente del cual –según el poema filosófico “De rerum natura”- nace la progresiva complejidad del mundo. Obra en progresión, como gotas opacas que traslucen diferencias que se agregan al mundo, que lo expanden o lo hacen más profundo. En un abrir la mirada, en una indagación sobre los límites de la conciencia, el goteo semeja un océano inabrazable; en la obra que lo representa se contiene en fragmento, en fragilidad que suda una gota contingente, impredecible, improbable. En la progresión, desde el cuerpo se forma, nace y se hace lo incorpóreo, como el esbozo que deviene en obra, como una gota fantástica, como un fantasma que pegotea y hace cosas con otras gotas.

Una sociedad asciende desde la brutalidad hasta el orden. Como la barbarie es la era del hecho, es necesario que la era del orden sea el imperio de las ficciones –pues no hay poder capaz de fundar el orden con la sola represión de los cuerpos por los cuerpos. Se necesitan fuerzas ficticias.

Paul Valéry, Prefacio a las “Cartas Persas”

La acción de presencia de cosas ausentes es posible mostrarla, pero gusta de la ocultación. El fantasma queda oscurecido, y cual fluido que invocando la razón se cosifica, el artificio fantástico se naturaliza, y la ficción, producto de la imaginación, se deniega. Se llega, en el sendero que ya no percibe el camino que abre, al *artificio* de construir naturaleza, y a pesar de los saberes y espejos disponibles, no se observa lo que se hace. Tal vez porque requiere un desdoblamiento, un salirse de uno mismo, una tarea que se descarta con premura por todas las imposibilidades implicadas. (“¿Cómo se puede ser persa? La respuesta es una nueva pregunta: ¿Cómo se puede ser lo que se es? Apenas se formula ésta en nuestra mente, cuando nos hace salir de nosotros mismos... El asombro de ser alguien, el ridículo de toda figura y existencias particulares, el efecto crítico del desdoblamiento de nuestros actos, de nuestras creencias, de nuestras personas se reproducen en seguida; todo lo que es social se torna carnavalesco; todo lo que es humano se hace demasiado humano, se convierte en singularidad, demencia, mecanismo, necedad ... Las leyes, la religión, la costumbre, el atuendo, la peluca, la espada, las creencias –todo parece curiosidad, mascarada-, cosa de feria o de museo ...”, continuó Paul Valéry en su *Prefacio a las “Cartas Persas”*. Para obtener esa perspectiva y ese poderosos asombro, los llamados estudios culturales han debido madurar largo tiempo. Como de visitante en su propia cultura, como para desconcertar sus ideas y sorprenderse de lo que hacen sus políticos, magistrados, e intelectuales;

como para mostrar la fragilidad de la más sólida construcción política, como fantasma que destila gotas que cazan fantasmas, la obra del profesor de Yale Paul Kahn, “El análisis cultural del derecho” -Gedisa, Barcelona, 2001-, señala que el estado de derecho es un producto de la imaginación, es “substancialmente una cultura de textos”.)

Esta misma opacidad de las ficciones, así como de su fuerza performativa, es el objeto imposible de asentar y de asir que tematiza Marí en su última obra, terminada meses antes de su muerte. Por tal imposibilidad de totalización el texto es fragmentario, pero cada fragmento ejemplifica un mundo. Un mundo se compone de gotas preciosas: más que literatura y *realidad*, el péndulo del filósofo construye una puesta en tensión de fragmentos de Zola con otros de Proust, el naturalismo y la evocación, la experiencia y la memoria, y también la verdad y el poder -mejor: el cuestionamiento que desde la verdad se le dirige, *debe* destinarse al poder; el índice que en dirección acusadora sostendrá una subjetividad que hará de la fantasía su divisa: *el intelectual*. En la segunda parte de la obra de Marí, entre gotas ya de sentidos proposicionales, el mundo, el pensamiento y el lenguaje se mueven en la sucesión envolvente y sutil de los textos de Wittgenstein, y la crítica se dibuja como la ficticia navaja que troza y disuelve confusiones, como la pluma que, con eficacia simbólica, libera de embrujos. En el tercer segmento, el derecho, y su compleja trama de ficciones articulada con profundidad y a por los romanos, muestra la capacidad del artificio en manos de instituciones –manos, por cierto, también ficticias. Un *realismo romántico* recorre el texto, emerge con Herder, con el puente entre la teoría del derecho y la literatura (comprendiendo también, y especialmente, a la teoría literaria), esas islas que ejemplifican la escisión entre la ciencia y la poesía, la técnica y el arte, y concluye con la puesta en discusión de las refinadas tesis sobre el realismo de Michel Dummett. En definitiva, son más *papeles de filosofía para arrojar al alba*, como dijo el poeta, como repetía Marí.

Papeles para arrojar al alba, porque el hacer poético y el filosófico se hallan hermanados por el mismo inútil indagar sobre los sentidos. ¿Para qué la poesía y la filosofía? ¿Para qué ese trabajo de escritura? *Para arrojar al alba*. Una donación íntegra, desinteresada, desprendida de las alternativas por venir; también una dimensión primera, profunda; también las consecuencias contingentes, improbables de las obras, todo ello *al alba*. En el alba se rescatan esos *papeles* cual monumento del abismo que separa al creador de su obra, como ficción y *realidad* que persiste al creador, a su intención, a su ocaso. En el alba, con los lectores, la filosofía, los papeles, la poesía comienzan a iluminar, perfilan el horizonte, acogen *como si* la atmósfera, el aire, la respiración también se hicieran con palabras.

Banquete. De “Neopositivismo e ideología” (Eudeba, 1974) a “La teoría de las ficciones” (otra vez Eudeba, pero en este caso con un impulso ajeno al propio interés editorial y con el financiamiento de la Facultad de Derecho de la UBA) es posible hallar continuidades. La política en la ciencia, la ideología y la epistemología configuran, en un viaje a través de los textos de Marí, el primer registro de contacto con prácticas discursivas, representaciones imaginarias e interpelaciones a la filosofía, y tal vez no resulte inverosímil suponer la supervivencia de esas mismas cuestiones en el análisis de las ficciones; ¿caso de la atmósfera que envuelve la interrogación acerca de la verdad de la ficción no surge el eco de aquellos lejanos debates estructuralistas sobre la relación que mantienen ciencia, verdad e ideología? Cambian acentos, desaparece la necesidad de impugnar al positivismo (una necesidad vinculada a la inserción institucional, ya que los espacios académicos de la UBA en las áreas de Epistemología

y Filosofía del Derecho han estado hegemonizados por filósofos positivistas), y sus proyectadas reconstrucciones (como el programa formulado en “Elementos para una epistemología comparada” -Punto Sur, 1989) van adquiriendo la forma de un pluralismo perspectivista. Aparecen continuidades, como la mirada exótica que dirige a la filosofía analítica –exotismo presente desde “Neopositivismo...”, mientras que la cuestión de la verdad en la filosofía, las ficciones ya en el discurso jurídico, y la condición cognitiva de la literatura, recorren sus diversos papeles de filosofía.

“La teoría de las ficciones” parece reclamar una lectura desde “El Banquete de Platón” (Biblos, 2001): ¿acaso no es ésta otra historia del control de los discursos, en este caso del control de la narración, del dispositivo que regula la historia como relato?; ¿acaso su último texto no es, como el discurso de Diótima sobre el amor, una narración *sobre* la ficción?; ¿y no es la ficción una matriz narrativa y también una máquina que produce efectos de sujeción y también de expansión? Sin esencialismos, con cierto funcionalismo, atrás de un cómo, sea referido al discurso filosófico -y el Banquete es su ejemplar-, sea enfocado a las ficciones.

Sucede que en toda descripción hay implícito un relato: el del viaje que debió hacer el autor para encontrarse frente al objeto que describe.

Cesar Aira, “Copi”

No desde la estética de la negatividad que dominó en los ochenta, sin ironía posmoderna, sin liviandad, fuera de la moda y los etiquetamientos, pero sin abolición de la distancia crítica, sin cesar de buscar intersticios para criticar dogmatismos, sin cesar en el ejercicio de la torsión que hace opaco el cristal de observación y así aclara. Hay espíritu de ensayo en sus trabajos; también lo hay en su tesis doctoral, tanto en el tema –tematiza una región en gran medida ignorada por los estudios ius filosóficos-, como en la forma –su estilo no se sujetó a la estandarización institucional. Quizás alguno sienta hoy, ante los textos de Marí, el mal gusto del buen gusto, poseído por el deleite refinado que sobre el mal gusto reclama el *camp*. Pero esa apreciación deviene en banal apenas se perciba que hay algo en los libros de Marí de eso que confiesa Maldoror, el deseo de convertirse en todas las cosas y seguir siendo uno mismo: se convierte en Zola, se une a Wittgenstein, entra y sale del derecho, y es Marí, lo es en la cita extensa, en el choque de teorías y en los finales sin moraleja. ¿Acaso el final no es un tópic textual? Y siguen los relatos del final.

Ficciones: cuando los sentimientos se vuelven algo, cuando lo invisible se hace visible, cuando se revela la insatisfacción con lo que es. Entre lo real y la imaginario, desde la indeterminación, la ficción interroga a la facticidad, lucha contra la entropía, percibe al yo como otro y viceversa, empuja la no-significación, hace chocar contra la fragilidad de los límites, muestra nombres sin cosas. Pero la tentación de brindar por las ficciones decae, tal vez quede en un cementerio de entusiasmos si la asociamos nada más que al humanismo literario y a su producto más trabajado: naciones edificadas por la eficacia de unas lecturas compartidas por el público de lectores. La novela del estado se ha hecho frívola, como es frívola la reforma constitucional de 1994, narrando infinitos derechos para una población devastada, y tan sólo para que el soberano extienda su tiempo de soberanía, tan sólo a cambio de nuevos organismos que nada corrigen, que

nada mejoran. Está en crisis la eficacia de la ficción, está en crisis la nación literaria, diagnosticó Peter Sloterdijk, pronosticando cambios en las normas del parque humano. ¿Pero no se trata de una sucesión de ficciones, y al final de la novela del estado le seguirá el relato de la ciencia y la tecnología, como al montaje del poder soberano los efectos del biopoder?

Sí, hay afirmación de la potencia de la escritura, de la eficacia de las narraciones. La literatura, la filosofía y el derecho actúan como máquinas de contar relatos, de producir ficciones, de hacer creer y de hacer extraño lo habitual. Hay reafirmación de la eficacia de la escritura: por los textos seguimos conversando con Enrique Marí.